

La globalización hacia un nuevo tipo de hegemonía

Armando Kuri Gaytán*

“La dinámica económica ha pasado de la economía nacional a la economía mundial.”

Peter Drucker

“World economic power has become more widely diffused and American hegemony is gone forever. At the same time, the pluralization of the new structure precludes the rise of a new hegemony”¹

Fred Bergsten

Introducción

En una perspectiva histórica los períodos más interesantes han sido los de transición; también son los más difíciles de analizar, pues añan elementos del pasado y del futuro. Esto es válido tanto para los pasos de un sistema a otro (del feudalismo al capitalismo, por ejemplo) como para los cambios que experimenta un mismo sistema social. Así por ejemplo, durante su existencia el capitalismo ha sufrido notables transformaciones, entre las que destacan, por su magnitud, las generadas por las dos revoluciones industriales ya consumadas (a fines del siglo XVIII y a mediados del XIX) y la tercera que se encuentra en pleno desarrollo a fines de este siglo XX.²

Estos procesos se llevaron a cabo durante varios decenios y tuvieron efectos cualitativos y cuantitativos muy profundos y de largo

1. El poder económico mundial se ha extendido y la hegemonía estadounidense se ha ido para siempre. Al mismo tiempo, la pluralidad de la nueva estructura imposibilita el nacimiento de una nueva hegemonía.

2. Carlos Ominami, *La tercera revolución industrial. Impactos internacionales del actual viraje tecnológico*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1986.

alcance en la dinámica del capitalismo. Además de prolongados, modificaron de manera radical las formas de producción y el entorno social en una dirección y magnitud difíciles de prever en su momento.

Un proceso similar podría haberse iniciado hace dos o tres decenios. En la actualidad cada vez se generaliza más la introducción de las nuevas tecnologías en todo el aparato productivo. Éste es el elemento central de una vasta transformación productiva en escala mundial, cuyas últimas consecuencias están todavía muy lejos de presentarse.

Hay, sin embargo, una consecuencia muy clara de esa relación del proceso de internacionalización productiva y las innovaciones tecnológicas: éstas llevan al capitalismo, de manera irreversible, a grados de integración y complementariedad —en los ámbitos financiero, comercial, productivo y tecnológico— nunca antes conocidos. Con ello, la dinámica del sistema se trastoca profundamente, lo que conduce a un reacomodo de las fuerzas similar al que provocaron las revoluciones previas.

Si en el siglo XVIII surgió Inglaterra como única potencia y en el XIX Estados Unidos, acompañado de Francia y Alemania (la completa hegemonía estadounidense sólo se dio durante los 25 años que siguieron al fin de la segunda guerra mundial), en esta compleja fase final del siglo XX parece perfilarse una coalición de intereses como árbitro del sistema y ya no un solo país dominante.³ Al respecto el debate es intenso, con previsiones que van desde una próxima hegemonía japonesa hasta la consolidación de la estadou-

3. Celso Furtado, “La naturaleza del ‘centro cíclico principal’”, *Revista de la CEPAL*, núm. 42, Santiago de Chile, diciembre de 1990.

* Catedrático de la Facultad de Economía de la UNAM. El título es de *Comercio Exterior*.

nidense. La posibilidad intermedia, una hegemonía compartida, parece la más probable, dados los principales rasgos de esta etapa de transición.

Un elemento que favorece esta tesis es que durante los últimos diez años se ha avanzado en la creación de bloques comerciales regionales liderados por las tres potencias mundiales (Alemania en Europa, Japón en la Cuenca del Pacífico y Estados Unidos en Norteamérica).

No obstante los problemas de estos procesos de integración —aun en Europa, donde ya está más avanzada y hay mayor homogeneidad—, parece claro que tienden a consolidarse.

La regionalización está lejos de ser un proceso contrario a la globalización; más aún, la primera complementa a la segunda. En otras palabras, en este período ésa es la forma en que se está dando la globalización. Al mismo tiempo, se refuerza la idea de que se está pasando de una hegemonía única a una compartida.⁴

En este trabajo se defiende la hipótesis de que la globalización económica en marcha ha provocado un período de transición en el sistema capitalista mundial. Aunque el proceso no ha concluido y todavía es incierto su desenlace, se pueden vislumbrar algunos cambios fundamentales. Asimismo, hay elementos que permiten identificar el nuevo tipo de hegemonía tripartita que requiere la economía internacional.

Globalización: causas y consecuencias

La globalización tiene estrecha vinculación con la dinámica de la economía mundial de los últimos 20 años. Los acontecimientos de los años setenta —choques petroleros y problemas financieros, por mencionar los más importantes— llevaron a la economía mundial a un proceso acelerado de cambios cuantitativos y, sobre todo, cualitativos. Como resultado aquella dejó de ser la suma de las economías nacionales para convertirse en una nueva y vasta unidad que funciona como una gran red de interrelaciones industriales, comerciales, financieras y tecnológicas con una dinámica propia. Sus componentes son la innovación tecnológica, la internacionalización de la producción y la distribución, la creación de nuevas ventajas comparativas, el auge del sector de servicios, la importancia del empleo calificado y la caída de los precios relativos de los productos primarios. Conviene hacer un repaso breve de cada uno de ellos.

Es indudable la gran importancia de la innovación tecnológica como impulsora de la globalización, ya que permite introducir cambios significativos en los métodos productivos, base del nuevo

4. Fred Bergsten, *America in the World Economy: A Strategy for the 1990's*, Institute for International Economics, Washington, 1988.

tipo de competencia. También ha generado una nueva división internacional del trabajo, pues de manera vertiginosa crea nuevas ventajas comparativas y hace posible que la producción se internacionalice, es decir, se fragmente sin importar el país o el sector.

Este proceso se ha acelerado en los últimos años al influirse en variables clave a fin de crear una especie de círculo virtuoso. En este sentido, es básica la presencia de nuevas ventajas comparativas. Éstas no sólo tienen que ver con la innovación tecnológica, sino también con el uso eficiente de la infraestructura y de los factores productivos, el nivel educativo y la capacitación de los recursos humanos, así como el desarrollo de nuevas vinculaciones interempresariales.⁵ El comportamiento de los sectores productivos, y en particular su interrelación, convergen también en esta dinámica. Como resultado de la revolución tecnológica se han trastocado las relaciones intersectoriales y ha disminuido la importancia relativa de los sectores primario e industrial frente al de servicios. Al respecto se afirma que “no es que la producción industrial esté perdiendo importancia en la medida en que el sector de servicios crece (un mito común sobre el que no hay evidencias claras). Lo que está sucediendo es mucho más significativo. La producción industrial se aleja con paso firme de los pasados procesos y productos intensivos en materias primas”.⁶

Todos los indicadores corroboran esta idea al mostrar la menor participación de las materias primas en el producto total. Por ejemplo, según el FMI, a lo largo del siglo ha declinado el consumo de materia prima por unidad de producto en poco más de 1% anual, salvo en los períodos de guerra; es decir, actualmente sólo se requieren dos quintas partes de lo que se utilizaba en 1900.⁷ En Japón, uno de los países con más éxito en la adaptación e innovación tecnológica, dicho consumo en 1984 representó 60% del de 1973.⁸

El complemento de esta tendencia ha sido el notable crecimiento de los servicios. Su dinámica ha involucrado un mayor número de sectores y, sobre todo, un creciente contingente de mano de obra calificada. En efecto, las industrias intensivas en trabajo de la primera mitad del siglo, como la acerera o la automovilística, han cedido su lugar a las intensivas en conocimiento, como la de telecomunicaciones, la farmacéutica y las basadas en el manejo de la información.

En su análisis sobre este fenómeno en Estados Unidos, Drucker concluye que no es que la economía se esté “desindustrializando”, sino más bien es la fuerza de trabajo lo que está siendo “desindustrializada”. De 1973 a 1985 la producción manufacturera creció

5. Investigaciones Básicas para el Fomento Industrial (Ibafin), *El reto de la globalización para la industria mexicana*, Editorial Diana, México, 1989.

6. Peter Drucker, “La cambiada economía mundial”, *Investigación Económica*, Facultad de Economía, UNAM, núm. 180, México, 1987.

7. *Ibid.*

8. Ibafin, *op. cit.*

cerca de 40% y el empleo también lo hizo de manera vertiginosa, pero éste se concentró en actividades no manufactureras y particularmente en las ajenas al trabajo obrero, el cual decreció durante dicho período en cinco millones de puestos.⁹

Esto no sólo ocurre en Estados Unidos, ya que “en todos los países desarrollados los trabajadores del ‘conocimiento’ han llegado a ser el centro de gravitación de la fuerza de trabajo. Incluso dentro de la producción manufacturera este tipo de ‘obreros’ superará en unos diez años a los trabajadores tradicionales. La exportación de licencias, derechos y servicios puede generar mayores regalías y utilidades que la de bienes.”¹⁰

Lo anterior supondría grandes desventajas para los países subdesarrollados que basen su competitividad en su fuerza de trabajo no calificada y en sus materias primas. Como ambos recursos representan una proporción cada vez menor de los costos totales en las naciones desarrolladas, aquéllos pierden la ventaja comparativa que tenían hace unas décadas. El éxito que logren estos países frente al gran reto que representa su inserción en la nueva economía mundial globalizada dependerá de las ventajas comparativas que obtengan, ya sea en el terreno de la innovación (o al menos de la adaptación tecnológica), como de la creación de una sólida infraestructura de conocimiento, educación y capacitación laboral.

Hacia una nueva hegemonía mundial

El proceso de globalización implica una economía mundial mucho más interdependiente y competitiva; también un ambiente de mayor cooperación entre las tres grandes potencias para evitar que peligre la nueva organización mundial.

La nueva hegemonía debe reflejar las condiciones actuales de la economía mundial, considerando que la estadounidense ya no puede encabezar el proceso por sí sola y ha de atenderse la importancia económica de Japón y Alemania (o de la Europa unida). En suma, Estados Unidos no puede seguir como el único país hegemónico ni Japón o Alemania ocupar su lugar. Así, no hay más alternativa que compartir la hegemonía.

Pero, ¿es eso posible? En principio sí, y además es absolutamente necesario para mantener las bases de la economía global. Ello no significa desoír las voces que alertan contra la inestabilidad que puede provocar esta tripolaridad. Por el contrario, se requiere una gran voluntad de cooperación y un cuidado extremo para evitar conflictos entre las potencias, que desencadenen una guerra comercial de funestos resultados para el mundo entero.

Esta nueva era de liderazgo colectivo en la economía mundial no

sólo requiere de la voluntad de los participantes para solucionar los complejos problemas comerciales, monetarios y financieros que han impedido un crecimiento sostenido y estable durante los dos últimos decenios; también debe acompañarse de cambios significativos en cada una de las potencias, para eliminar los obstáculos a la nueva hegemonía. Así por ejemplo, Europa y Japón han de asumir a plenitud su responsabilidad en la conducción de la economía mundial; Estados Unidos tiene que corregir sus déficit fiscal y comercial y elevar la competitividad de su planta productiva; asimismo, debe aceptar su nueva condición como miembro de la trunca hegemónica de la economía globalizada.

Sin estos cambios, las potencias seguirán tratando individualmente de beneficiarse del proceso de globalización, lo que agravará los problemas económicos y acarreará mayores conflictos y tensiones en todos los ámbitos. Esto lo ilustró Drucker cuando señaló: “La manera como los principales países han aprendido a usar la economía internacional para salvar problemas internos ‘desagradables’ no tiene precedente: Estados Unidos ha usado las altas tasas de interés para atraer capitales del exterior y así financiar su déficit interno; los japoneses han impulsado sus exportaciones para mantener el empleo, a pesar de su pesada economía interna”.¹¹

Se aducen varias razones para plantear lo esencial de la cooperación de los tres grandes.¹² Aunque avanza la conformación de regiones económicas en el mundo, su conclusión está muy lejana, sobre todo en el Sudeste Asiático (donde existen diferencias abismales y un gran rechazo al liderazgo japonés) y en América, donde salvo el área norte del continente, el resto muestra notables disparidades y rechazo hacia Estados Unidos. Sólo Europa tendría un proceso más consolidado y con posibilidades de éxito hacia fin de siglo. Esto no sería suficiente para lograr una hegemonía basada en regiones fuertes y unidas económicamente, por lo que sería necesaria la coordinación de las tres potencias.

Por otra parte, dos de las potencias pueden aliarse, por ejemplo: Europa y Estados Unidos para que Japón abra su mercado a sus manufacturas; Japón y Europa para presionar a Estados Unidos a que reduzca su déficit fiscal o, finalmente, Japón y Estados Unidos para evitar que Europa los margine.

De estas posibles alianzas, Bergsten destaca dos como las más desestabilizadoras:¹³ la de Estados Unidos y Japón frente a una Europa Unida que podría discriminarlos y excluirlos, por lo que esta coalición sería necesaria por simples razones de equilibrio de poder. La de Japón y Europa, para que Estados Unidos cambie su política interna, podría generar acciones para evitar que se extiendan las fuentes de inestabilidad económica procedentes de Norteamérica, como ocurrió con el Sistema Monetario Europeo a fines de

11. Peter Drucker, *op. cit.*

12. Fred Bergsten, “The World Economy After the Cold War”, *Foreign Affairs*, verano de 1990.

13. *Ibid.*

9. Peter Drucker, *op. cit.*

10. *Ibid.*

los setenta. En éste y otros campos podría darse una estrecha vinculación entre Europa y Japón en los próximos años. Un ejemplo es el acuerdo entre la Mitsubishi y la Daimler-Benz para realizar investigación aeroespacial conjunta y cooperar en la producción automovilística.

“La concreción de cualquiera de estas posibilidades sería extremadamente desestabilizadora tanto en el terreno político como en el económico”.¹⁴ Si a este peligro se añade que los largos períodos de crecimiento económico y estabilidad están asociados a liderazgos únicos (el Reino Unido durante la segunda mitad del siglo XIX y Estados Unidos después de la primera guerra mundial), habría serias dudas sobre el éxito de una hegemonía compartida.

No obstante, la gran interdependencia productiva, financiera y comercial de las tres potencias exige una estabilidad sistémica que sólo podrá lograrse mediante reglas y acuerdos internacionales claros. Como ninguna de esas naciones puede ejercer por sí sola un liderazgo, dicha estabilidad sólo puede alcanzarse con el concierto de los tres grandes.

Globalización: ¿competencia o cooperación?

Quizá la principal disyuntiva de la economía mundial en este fin de siglo es seguir un camino semejante al recorrido, con los riesgos de confrontación y crisis que implica, o tomar uno que consiga “una saludable combinación de competencia y cooperación”,¹⁵ lo que requeriría una considerable voluntad política de los principales miembros del sistema.

Según Bergsten, la única alternativa es una estrategia de “interdependencia competitiva” capaz de solventar los principales problemas económicos, políticos y de seguridad en la actual era de globalización. Ello además permitiría a Estados Unidos recuperar la competitividad perdida en las dos últimas décadas. Si bien no es fácil alcanzar tales propósitos, es alentador que la mayoría de los actores involucrados reconozca la imperiosa necesidad de una estrategia como la señalada. Por ejemplo, Stephen Marris, durante muchos años asesor de la OCDE, y Yoichi Funabashi, diplomático y periodista japonés, coinciden en que sólo mediante la cooperación y la adopción de políticas macroeconómicas convergentes en cada uno de los centros de poder mundial se logrará un crecimiento económico más estable, sostenido y equilibrado.¹⁶

Esta coincidencia, por supuesto, tiene sus matices. Mientras Marris —como Bergsten— está más preocupado por los problemas eco-

nómicos de Estados Unidos y la necesidad de resolverlos con la cooperación de Europa y Japón, Funabashi parte del papel que su país deberá tener en el nuevo orden mundial, caracteriza la relación entre Estados Unidos y Japón como “liderazgo de apoyo” (*supportive leadership*) y plantea que el país del sol naciente debería ayudar en lo económico y comercial a Estados Unidos que, pese a sus serios problemas en ese terreno, sigue siendo la primera potencia militar.

En fin, con matices y cada quien desde su perspectiva, existe consenso en la necesidad de una hegemonía compartida, así como en sus riesgos y posibilidades. Entre estas últimas, destaca que a diferencia de los períodos de pre y entreguerras, cuando las grandes potencias eran rivales y luchaban por su expansión territorial, en la actualidad son aliadas y más bien pugnarían contra los desequilibrios económicos y políticos mundiales.¹⁷

Sin embargo, ello implica una coordinación hasta ahora prácticamente desconocida que, aunada a la magnitud de los problemas y a los intereses en juego, provoca escepticismo e incertidumbre sobre el futuro: “¿los principales países sucumbirán a los miedos tradicionales y regresarán al proteccionismo?, ¿o quizá verán en la cambiada economía mundial una oportunidad?”.¹⁸

Lo indudable es que la economía mundial cambió, transformándose en una gran unidad interdependiente que, no obstante, sigue compitiendo ferozmente por recursos (humanos, financieros, tecnológicos) cuya movilidad es uno de los rasgos centrales de la globalización. Este intenso proceso ha modificado significativamente la visión sobre los problemas comerciales, financieros, fiscales o tecnológicos. El ámbito de análisis dejó de ser “el país” para pasar a ser “el mundo”. “De ahora en adelante cualquier país o empresa que quiera prosperar necesitará aceptar que es la economía mundial la que manda, y que las políticas económicas internas solamente tendrán éxito en la medida en que se logre una posición competitiva internacional. *Éste puede ser el más sorprendente hecho de la cambiada economía mundial.*”¹⁹

También la problemática del desarrollo se ve trastocada. Desde la perspectiva de la globalización, ¿cuál será el nuevo papel de los países periféricos?, ¿qué posibilidades de desarrollo tendrán ahora que tanto las materias primas como la fuerza de trabajo pierden peso relativo como componentes de la producción?, ¿lograrán consolidar su experiencia los países asiáticos de industrialización reciente y arribar al desarrollo?, ¿cómo se insertará América Latina en esta nueva era? En fin, las muchas interrogantes quizá podrían sintetizarse en ésta: ¿habrá más equidad en la nueva economía mundial o los frutos del desarrollo se concentrarán todavía más? □

14. *Ibid.*

15. *Ibid.*

16. Stephen Marris, *Deficits and the Dollar: The World Economy at Risk*, Institute for International Economics, Washington, 1987, y Yoichi Funabashi, “Japan and the New World Order”, *Foreign Affairs*, invierno de 1991.

17. Fred Bergsten, “The World Economy...”, *op. cit.*

18. Peter Drucker, *op. cit.*

19. Peter Drucker, *op. cit.* Cursivas de Armando Kuri Gaytán.